

II, admirador y conocedor
 ncilio Vaticano II, en el que
 tanta parte, no olvidaba
 e en el capítulo VII de la
 m, *Índole escatológica de la*
ina y su unión con la Iglesia
 ablar de las relaciones de la
 inante con la Iglesia celes-
 que es "sumamente con-
 amemos a estos amigos y
 e Cristo, hermanos también
 enhechores nuestros, que
 ios las gracias que les de-
 os; que los invoquemos hu-
 que, [...], acudamos a sus
 otección y socorro" (LG 50).
 po escoger magníficamente
 Juan de la Cruz. Nada me-
 Cruz».

José Vicente Rodríguez, ocd
Biógrafo de san Juan de la Cruz

cos de Edith Stein, según lo
 cipalmente la destaca como
 o una mística de la cruz que
 el sufrimiento y la relación
 r moderna y esperanza para

Wojciech Zyzak
 ctor de la Universidad Pontificia
 Juan Pablo II de Cracovia



INSTITUTO POLACO
 DE CULTURA
 MADRID



Jerzy NAWOJOWSKI – Andrzej DOBRZYŃSKI
Dirección

«CÁTEDRA JUAN PABLO II»



Juan Pablo II

frente a la experiencia de Dios

Su relación con los Místicos del Carmelo Teresiano

Grupo Editorial Fonte - Monte Carmelo
 CiTeS - Universidad de la Mística

a
blo II

n.º 1

José Vicente RODRÍGUEZ • Dámaso ZUAZUA • Wojciech ZYKAK
Fco. Javier SANCHO FERMÍN • D. Jesús GARCÍA BURILLO
Rafael MORA-MARTÍN • Anabel CASTELLANOS

Juan Pablo II frente a la experiencia de Dios

Su relación con los
Místicos del Carmelo Teresiano

Dirección
JERZY NAWOJOWSKI
ANDRZEJ DOBRZYŃSKI

Grupo Editorial Fonte ~ Monte Carmelo
CITeS ~ Universidad de la Mística

SAN JUAN PABLO II Y SAN JUAN DE LA CRUZ

José Vicente Rodríguez, OCD. Toledo

Introducción

Juan Pablo II, admirador y conocedor eximio del Concilio Vaticano II, en el que había tenido tanta parte, no olvidaba lo que se dice en el capítulo VII de la *Lumen Gentium* *índole escatológica de la Iglesia peregrina y su unión con la Iglesia celestial*. Al hablar de las relaciones de la Iglesia peregrinante con la Iglesia celestial se afirma que es «sumamente conveniente que amemos a estos amigos y coherederos de Cristo, hermanos también y eximios bienhechores nuestros, que rindamos a Dios las gracias que les debemos por ellos; que los invoquemos humildemente y que, [...], acudamos a sus oraciones, protección y socorro» (LG 50). Y a fe, sea dicho claramente, que Juan Pablo II supo escoger magníficamente su santo y amigo predilecto en la persona de San Juan de la Cruz. Nada menos que amigo y maestro encontró en Juan de la Cruz.

Y pudo satisfacer su devoción y su alegría cuando visitó el sepulcro de su santo querido en Segovia el 4 de noviembre de 1982. Como tuve la suerte de acompañarle en aquella ocasión puedo contarle como testigo. Por razón de mi cargo de Provincial OCD de Castilla, me tocó acompañarle, junto con el Padre General Felipe Sainz de Baranda. Íbamos a entrar en la iglesia, y ya en la misma puerta le señalé un dicho de luz y amor de san Juan de la Cruz, que se había puesto en la pared al lado derecho. La sentencia decía: «el alma que anda en amor ni cansa ni

se cansa». Se lo leí como referido a sus viajes, él lo leyó también en voz sumisa y se quedó pensativo. Al minuto se volvió hacia mí y me dijo con gran fuerza: «sí se cansa, sí se cansa». Entramos en la iglesia y hacia la mitad del pasillo central, se pone detrás de mí el casi noventón padre Bernardo Figueroa, me tira de la capa y me dice: «dile que soy de Fontiveros». Le contesto: «díselo tú»; le agarré de la mano y en un meneo que todavía no me sé explicar lo puse delante, de cara al Papa, que se detuvo. Y Bernardo que era tan bajito como san Juan de la Cruz, se estiraba y le decía al Papa: «Santidad, yo soy de Fontiveros». Y su Santidad: «¡Ah!, sí, sí, qué bien, del pueblo de mi santo preferido», y se inclinó y estampó un beso papal en la frente de Bernardo, que casi cae en éxtasis de alegría. Esta puede ser una florecilla en la vida de san Pablo II.

En su discurso de aquel 4 de noviembre de 1982 en Segovia, dijo:

«Doy gracias a la Providencia, que me ha concedido venir a venerar las reliquias y a evocar la figura y doctrina de san Juan de la Cruz, a quien tanto debo en mi formación espiritual. Aprendí a conocerlo en mi juventud y pude entrar en un diálogo íntimo con este maestro de la fe, con su lenguaje y su pensamiento, hasta culminar con la elaboración de mi tesis doctoral sobre *La fe en san Juan de la Cruz*. Desde entonces he encontrado en él un amigo y maestro, que me ha indicado la luz que brilla en la oscuridad para caminar siempre hacia Dios, "sin otra luz ni guía / que la que en el corazón ardía. Aquesta me guiaba / más cierto que le luz del mediodía" (De la poesía "Noche Oscura", 3-4).

Y no es esta la única vez en la que Juan Pablo II hace una confesión como esta. Cuando envía como delegado suyo extraordinario a España para el comienzo del centenario de la muerte de Santa Teresa al Cardenal Ballestrero le dice en sus Letras Apostólicas: «Desde nuestra infancia hemos estado tan estrechamente vinculados a la admirable Santa Teresa de Jesús, la virgen abulense, madre del Carmelo teresiano e hija

siempre fiel de la Iglesia, que pudimos conocer íntimamente a los grandes santos y santas de esta familia religiosa y comprender a fondo la insigne doctrina y vida de los mismos, y nutrirnos en la espiritualidad carmelitana. Por eso quisimos hacernos terciario del Carmen y dedicar el trabajo escrito para la tesis doctoral en teología a la explicación de las enseñanzas de San Juan de la Cruz».

Según parece, cuando Karol Wojtyła llega a Roma para hacer la licenciatura y la tesis doctoral, la idea de trabajar sobre los textos de San Juan de la Cruz la traía ya desde Cracovia, sin duda como reflejo de la atención que el grupo juvenil del «sastre místico» Jan Tyranowski prestaba a los grandes místicos españoles.

Durante sus vacaciones de seminarista en 1945-46, como él mismo dice, «empecé entonces a escribir un trabajo sobre San Juan de la Cruz, que continué después bajo la dirección del P. Ignacy Różycki, Profesor de la Universidad de Cracovia, apenas fue abierta de nuevo. Completé el estudio a continuación en el Angelicum, bajo la guía del P. Profesor Garrigou Lagrange»¹. De todos modos parece que la primera indicación acerca del tema de la fe en Juan de la Cruz se la dio a Karol Wojtyła el mencionado profesor de la Universidad de Cracovia, Różycki. Llegado a Roma, se presentó en el Angelicum. Su cronología académica es la siguiente: 26 de noviembre de 1946, inscripción en la Facultad de Teología del Angelicum; 3 de junio 1947, examen escrito para la Licenciatura; 2 julio 1947, examen oral para la Licenciatura; 14 junio 1948, examen previo para el Doctorado; 19 junio 1948, defensa de la tesis.

Llegado, pues, al Angelicum, habló entre otros con el Padre Reginaldo Garrigou-Lagrange, y le habló del tema que tenía pensado para su tesis: *Quaestio de fide*, en los escritos de San Juan de la Cruz. A Garrigou le cayó bien el tema, pero advirtió

¹ JUAN PABLO II, *Don y misterio*, BAC, Madrid 1996, p. 30.

a Karol que ya existía otra tesis doctoral sobre el mismo asunto, defendida 15 años antes por el dominico francés Labourdette:² el francés había estudiado un aspecto «dinámico», es decir, «qué hace», para qué sirve y cómo funciona la fe teológica cristiana en el conocimiento místico de Dios experimentado por San Juan de la Cruz. Garrigou propone a su nuevo discípulo que estudie el aspecto «estático», objetivo: «*Qué es*» la fe, cómo se inserta en el mecanismo del conocimiento característico de quienes nos hallamos todavía en este mundo. En su discurso en Segovia al referirse a su tesis doctoral no está aludiendo de modo pasajero a su tesis sino que en lo que sigue en el discurso trae a colación temas, puntos sanjuanistas acerca de la fe; lo cual quiere decir que el tema de su tesis y la doctrina de San Juan de la Cruz la tenía bien presente en su mente. Y esto lo volvió a manifestar claramente en 1990, en su Carta Apostólica sobre «San Juan de la Cruz Maestro de la fe», del 14 de diciembre de 1990, en la proximidad del centenario de la muerte del Santo en 1991.

Por lo que se refiere a la tesis quiero contar una pequeña anécdota; el 18 de abril de 1980 dos carmelitas descalzos de la parroquia de San Pancrazio de Roma fueron invitados a cenar en el Vaticano con Juan Pablo II en vista de su visita pastoral a la parroquia el domingo siguiente y le presentaron un volumen más bien grande escrito a máquina, y le pidieron una firma para la biblioteca del «Teresianum». El Santo Padre miró, sonrió y escribió su autógrafo y al ver la palabra «schedato» acostumbrada con los sellos de la biblioteca dijo: «¿Con que yo también estoy registrado? En el frontispicio del escrito a máquina se leía: Pontificia Universitas Angelicum—Facultas Theologiae—Doctrina de fide apud S. Joannem a Cruce—Carolus Wojtyła—Dissertatio ad lauream». Según parece esta copia de la tesis de Karol que se encuentra en biblioteca del «Teresianum» proviene del Padre Garrigou—Lagrange moderador de la tesis.

² MICHEL M. LABOURDETTE, O.P., «La foi theologale et la connaissance mystique d'après Saint Jean de la Croix», *Revue thomiste* (1936), 593-629; 42 (1937) 191-229.

Al comienzo del volumen se encuentran cuatro páginas en las que se dice: «Has compuesto con grande atención y paciencia y amor la parte analítica de esta tesis, investigando qué ha dicho San Juan de la Cruz acerca de la fe infusa en la *Subida del Monte Carmelo*, en la *Noche Oscura*, en el *Cántico Espiritual* y en la *Llama de amor viva*. En tal modo, esta búsqueda analítica muestra cuál sea el desarrollo de la fe infusa y de los dones del Espíritu Santo en la vía purgativa, en la vía iluminativa y en la unitiva, para un alma dada a la contemplación que puede decirse un «comienzo de vida eterna». Y en la parte sintética reasumes bien la doctrina de San Juan de la Cruz, confrontándola brevemente con la doctrina de Santo Tomás. Los lectores de esta tesis podrán así aprender mucho acerca de la vida interior y de la íntima unión con Dios».

Seguramente que este ejemplar latino de la tesis que se encuentra en el «Teresianum» era el que usó el Padre Garrigou—Lagrange y que, probablemente se lo entregó a su gran amigo el carmelita descalzo Gabriel de Santa María Magdalena, profesor en el Colegio Internacional de los Descalzos³. Karol Wojtyła publicó un extracto de la tesis en *Collectanea Theologica Societatis Theologorum Poloniae* 21 (1949-1950), pp. 418-468, bajo el título *Quaestio de fide apud S. Joannem a Cruce*. Estas mismas páginas se publicaron en España en la revista *Monte Carmelo*⁴.

1. La parte analítica de la tesis doctoral de Wojtyła

Vengamos ya a la tesis completa, escrita en latín, publicada ahora ya en varias lenguas: italiana, francesa, inglesa, húngara, etc. En español la preparó el dominico Álvaro Huerga que la tradujo del latín y apareció en la Biblioteca de autores cristianos

³ Puede verse en ROBERTO MORETTI, *La fede secondo S. Giovanni della Croce di K. Wojtyła*, en *Rivista di Vita Spirituale* 34 (1980) 115-122.

⁴ CARLOS WOJTYLA, «El problema de la fe según san Juan de la Cruz», *Monte Carmelo* 86 (1978) 423-464.

Karol Wojtyła, *La fe en San Juan de la Cruz*, Edica, S.A., Madrid 1979. La defensa de la tesis en la facultad de teología del Angelicum de Roma tuvo lugar, como ya he dicho, el 19 de junio de 1948. Curiosamente publicaba las primicias de su tesis en la revista carmelitana de Burgos Monte Carmelo 52 (1948), 348-354. Tomás Álvarez, profesor en el Colegio Internacional de los carmelitas Descalzos fue a ver en el Angelicum a Karol Wojtyła, y hablando con él le hizo la oferta de «brindarle un pequeño espacio de nuestra revista (Monte Carmelo) para anticipar en ella las conclusiones de su monografía sobre san Juan de la Cruz». Sin dilación, así lo cuenta Tomás, don Carlos redactó en latín una síntesis de media docena de folios. Y con igual rapidez — para no perder el tren del último número anual de la Revista — tradujo aquellas páginas al castellano, las sometió a su revisión y pasaron a engrosar la sección de «Actualidad cultural carmelitana», bajo el título: *La doctrina de la fe en san Juan de la Cruz, tesis doctoral presentada y defendida en la Facultad Teológica del Angelicum de Roma, el 19 de junio de 1948*.

Además de publicar en 1948 aquellas páginas de Karol que, como dice Tomás, «con amabilidad que hondamente agradecemos nos ha cedido para el *Monte Carmelo* un amplio resumen de su trabajo», volvió a publicarlo en sus líneas generales en *Monte Carmelo*, *Un artículo de Carlos Wojtyła, Juan Pablo II* en nuestra revista: 1978, pp. 385-389.

Hay varias recensiones, o presentaciones de la tesis, en diversas revistas o en otros lugares⁵. Como presentación más amplia figura un largo artículo de Álvaro Huerga OP en *Angelicum* 56 (1979) pp. 348-366, con el título *Karol Wojtyła, comentarista de San Juan de la Cruz*; este artículo es prácticamente igual a la introducción que puso a la traducción española de la tesis (pp. xi-xxxiii). Otro artículo muy grande del Padre Raimondo Sorgia, O.P. en *Angelicum* 57 (1980), pp. 401-423 titulado

⁵ Ver en: MANUEL DIEGO SÁNCHEZ, *San Juan de la Cruz, Bibliografía sistemática*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 2000, n. 3992.

Approccio con «l'opera prima» di K. Wojtyła. Me gusta más este último que el del Padre Huerga. Estos dos artículos publicados en Roma.

En España Don Lamberto Echebarría habla en *Ecclesia* número doble 1946, 18 y 25 de agosto 1979, página 35. Doy aquí un resumen. Afirma con razón que el tema de la tesis «que Karol Wojtyła eligió no era fácil. Lo tenía que hacer en poco tiempo, pues Polonia no estaba en 1948 muy dispuesta a permitir a sus súbditos largas estancias en el extranjero; tenía que utilizar el castellano, pues solo a medias habría podido captar el pensamiento de un poeta al través de traducciones[...] pero el doctorando no se arredró; aprendió el castellano con esa facilidad asombrosa que tienen los polacos para las lenguas; segregó los problemas de crítica textual y de erudición varía para ir directamente a los que fuesen verdaderamente válidos; manejó su pluma en latín, y en un año nos dio una tesis doctoral: el que va de julio del 47, en que se licencia, a junio del 48 en que lee la tesis».

Hechas todas estas consideraciones, se pregunta Echebarría: ¿Cómo es la tesis? Y se contesta: «Los españoles podemos ahora juzgar directamente. El volumen es parco (262 páginas en la edición española; la bibliografía manejada; el estilo, llano y sin pretensiones [...]). Pero la tesis resulta excelente. Hay que leerla con rigor y exigencia para darse cuenta de todo lo que encierra. El joven Wojtyła se muestra pensador vigoroso, con perspectivas originales, con una interpretación personal de muchos pasajes de san Juan de la Cruz. No olvida ningún texto importante, pero se fija particularmente en el libro de la *Subida al Monte Carmelo*. Quien haya leído mucho a san Juan de la Cruz se encontrará con la sorpresa de que Karol Wojtyła utiliza una inteligencia aguda, un profundo sentido metafísico y teológico; y así penetra profundamente, haciendo una selección rigurosa de los temas fundamentales. Va al fondo de las cosas, elige diez temas básicos y se dedica a esclarecerlos. Con una delicada

sensibilidad respecto a las realidades espirituales y una afinidad con el doctor místico claramente perceptible, describe lo que "es" la fe, nuestra percepción de Dios, el carácter de oscuridad de nuestro conocimiento teológico y, sobre todo, el papel de la Iglesia: todo el amor del futuro Papa a la Iglesia está ya presente en estas primeras páginas de rigor científico que él elabora»⁶.

Y desde Roma Eugenio Montes escribía: «El sacerdote Wojtyła, conforme a la tradición de su pueblo, tomó el camino a Italia para ampliar estudios, y tuvo más tarde su diócesis en esta Cracovia nostálgica de latinidad, educada por dominicos y por jesuitas. En la Universidad dominicana de Roma, en el Angelicum, se fortificó su tomismo, pero no quiso quedarse en la silogística seca y descarnada, sino que, toda ciencia trascendiendo, se fue a buscar el concepto de fe en la poesía de San Juan de la Cruz: "aunque es de noche"»⁷.

La tesis tiene una Introducción y dos partes. En la Introducción habla del cuadro histórico y biográfico de san Juan de la Cruz, de una manera muy general, bien convencido de que «es obvio que no podemos detenernos a hacer un estudio detallado de ese cuadro histórico, ni ver en él la causa adecuada de la obra de San Juan de la Cruz; lo que él pretendió de inmediato fue enseñar y solo incidentalmente combatir los errores. Nos lo dice abiertamente en el prólogo de la *Subida*»⁸. A continuación, Karol se ocupa de la doctrina y de las fuentes del Santo; y presenta, acto seguido, el tema de su estudio y las dificultades y el método de trabajo y ya nos hace saber: «Mi trabajo va a consistir, por consiguiente, en el análisis de los textos, con el fin de establecer su valor formal, es decir, el contenido doctrinal que

⁶ Además de lo que escribe Echebarría en *Ecclesia* puede verse otra página suya sobre la tesis de Karol en *Juan Pablo II y su tiempo*, t. I, Madrid 1982, 207.

⁷ Citado en: Tomás de la Cruz, «Un artículo de Carlos Wojtyła, Juan Pablo II, en nuestra revista: 1948», *Monte Carmelo* 86 (1978) 389.

⁸ KAROL WOJTYŁA, *La fe según san Juan de la Cruz*, Edica, S.A., Madrid 1979, pp. 3-4. En adelante: Tes. seguido por el número de la página.

anida en ellos. Toda la primera parte está dedicada al análisis textual. Y ya se prevé que, junto a valiosos descubrimientos, tropezaremos también con serias dificultades. [...] Las obras de San Juan de la Cruz pertenecen a un género literario único. No son tratados especulativos. Tienen carácter, como ya observamos, de testimonio experimental y pretenden servir de guía en los caminos del espíritu» (Tes. 10-11). Aludiendo al trabajo que le espera comenta que «los análisis se llevarán la mayor y más larga parte de nuestro estudio, deteniéndonos a veces y extendiéndonos en el examen de una palabra o de una frase. Sólo así será posible llegar a la comprensión total del sistema de San Juan de la Cruz». Y añade: «debemos buscar la noción de fe en el conjunto del sistema, sin perder de vista los complejos elementos que lo integran».

Tocado el tema del problema textual, presenta brevemente la bibliografía correspondiente. «Y lo primero, dice, es que, en su gran mayoría, los estudios abarcan la totalidad de la obra de San Juan de la Cruz: en una visión de conjunto, el tema de la fe se trata muy en general. Otra serie de estudios ha ahondado especialmente en el problema de la contemplación y sus derivados: infusa o adquirida, índole de una y otra. Sea, que el tema de la fe se estudia bajo un aspecto particular o simplemente se da por supuesto». Dicho esto, proclama: «Mi intención es abordar el estudio de la fe en la obra del Doctor Místico, procurando precisar su meollo y su contorno. Existe una monografía sobre el tema concreto, la del P. Labourdette, pero lo que este autor pone de relieve es el conocimiento místico. Por tanto, ve la fe en su dimensión funcional, interviniendo en la contemplación. Mi propósito apunta, más bien, a la fe en sí, o sea, a su dimensión ontológica. ¡Ojalá que, con la ayuda de Dios, logre mi intento!»⁹.

⁹ En la introducción a la edición de la tesis explica el P. Huerga con toda claridad la diferencia entre el estudio de Labourdette y el de Karol, diciendo: «Labourdette enfocó su estudio partiendo del principio tomista que dice que la función de la fe consiste en fundamentar en el *homo viator* el conocimiento sobrenatural. Es un enfoque, advierte Wojtyła, dinámico, adherente, desde luego, a la índole vital y experimental

Por lo que a mí se refiere, he leído por entero con cuidado y atención toda la tesis y en algunos puntos sobre todo me hubiera gustado tener delante el texto latino original. Materialmente hablando hay una desproporción enorme entre la parte de la analítica y la sintética. Analiza textos sanjuanistas de todas las obras, más particularmente de la Subida del Monte Carmelo, libro segundo. El análisis va desde la página 19 hasta la 235; y la síntesis solo desde la página 245 hasta la 282. Karol tiene una capacidad tremenda para analizar los textos y tratar de sacarles toda la sustancia para el propósito de su tesis. Aunque hay esa desproporción entre ambas partes, ya en la marcha de sus análisis va ofreciendo en ciertos casos síntesis parciales de lo que encuentra en las páginas analizadas. No era fácil llevar adelante su intento acerca de qué es la fe, sin caer en hablar de lo que hace; y francamente no todos los textos sanjuanistas están bien traídos para conseguir lo que se propone.

La doctrina con la que Karol cree que se explica del modo más auténtico su punto de vista sobre qué es la fe, la encuentra en 2S 8. Habla el autor de proporción de semejanza y después de analizar unos textos lo sintetiza todo en un par de silogismos:

«A) [M] – Ninguna criatura, vista en su constitutiva naturaleza, posee semejanza esencial con Dios.

[m] – Mas tal semejanza es necesaria para ejercer la función de medio proporcionado de unión con Dios.

[Conclusión] – Por consiguiente, ninguna criatura, en su ser natural, puede servir de medio proporcionado para la unión con Dios.

El segundo silogismo se refiere ya en concreto a la fe:

B) [M] – La fe sirve de medio proporcionado para la unión del entendimiento con Dios.

de la obra del Doctor místico. Pero cabe desdoblar la pregunta, distinguiendo entre lo que la fe es y lo que la fe hace. Labourdette ha estudiado la vertiente dinámica de la fe —lo que la fe hace—, dejando intacto, el aspecto objetivo, o tocándolo solo incidentalmente, el aspecto objetivo, metafísico: *qué* es. Wojtyła se halla, por tanto, frente a un tema original. Y, además, tremendamente difícil, porque el Doctor místico no enseñó la metafísica de la fe, sino la dinámica purificadora y unitiva de la fe» (p. XIX).

[m] – Ahora bien, el medio proporcionado de unión con Dios debe poseer una semejanza esencial con Él.

[Conclusión] – Por tanto, la fe posee tal semejanza con Dios. Es, pues, un medio poseedor de *la proporción de semejanza*» (Tes. 31).

Karol añade convencido:

«Gracias a esta argumentación, vemos nuestro tema centrado en su exacta perspectiva. Igualmente la *semejanza esencial* nos adentra, sin titubeos, en la entraña y orden de las esencias: al negar la posibilidad a las criaturas, la negación se refiere únicamente a sus esencias; al atribuir la posibilidad a la fe, estamos ya tocando su misma esencia. De este modo queda bien planteada la cuestión sobre la naturaleza de la fe según san Juan de la Cruz; lo constitutivo de la fe es algo que asemeja a la Divinidad, ya que la fe se funda en esa semejanza» (Tes. 31-32).

Todas estas reflexiones las engarza el autor a base del capítulo 8 del libro segundo de la Subida. Pasando al capítulo siguiente para hacer ver que la fe «es sola el próximo y proporcionado medio para que el alma se una con Dios» da la siguiente razón: «porque es tanta la semejanza que hay entre ella y Dios, que no hay otra diferencia sino ser visto Dios o creído». Y aquí se le olvida completar la explicación de Juan de la Cruz que dice:

«Porque, así como Dios es infinito, así ella nos le propone infinito; y así como es trino y uno, nos le propone ella trino y uno, y así como es tiniebla para nuestro entendimiento, así ella también ciega y deslumbra nuestro entendimiento. Y así, por este solo medio, se manifiesta Dios al alma en divina luz, que excede todo entendimiento. Y por tanto, cuanto más fe el alma tiene, más unida está con Dios» (2S 9, 1).

2. La parte sintética de la tesis doctoral de Wojtyła

Al pasar Karol Wojtyła a la síntesis de su tesis se esfuerza por ir dando un resumen doctrinal, presentando «en una serie de conclusiones, los resultados de los análisis precedentes»

(Tes. 245). Lo primero quiere dejar claro bajo qué punto de vista habla san Juan de la Cruz de la fe en sus escritos. Y eso, «porque la fe es un tema que se aborda de un modo en teología fundamental, de otro en teología dogmática y en teología moral, de otro en psicología de la religión y de otro, en fin, en teología mística. El Doctor Místico lo trata principalmente desde el ángulo de la teología mística» (Tes. 245). El primer punto del que habla aquí y que yo había echado de menos en la primera parte es el siguiente:

«Nunca se plantea en las obras de san Juan de la Cruz la cuestión de la fe informe y sola; por el contrario, siempre su doctrina se refiere a la fe formada, a la fe que vive por la caridad. Esto lo advertimos ya en Subida I 2, 3 y persiste a lo largo de toda la tetralogía sanjuanista: habla de la fe viva, de la fe que es medio de unión con Dios, de la fe en conexión y en subordinación a la caridad. Es, dice Karol, el primer dato, y conviene subrayarlo» (Tes. 245).

Lo principal para Juan de la Cruz es el dato de que la fe es el medio de unión del alma con Dios. O más exactamente «medio propio y adecuado del entendimiento para unir el alma a Dios en amor». Para explicarse mejor compara Juan de la Cruz a la fe con la visión y a la vez, la contrapone, porque la fe versa sobre lo «no visto». Y cree el autor que esta comparación con la visión y el contraste con ella es como la condición esencial de la fe y lo más típico del pensamiento sanjuanista. «La visión consiste en la unión perfecta del entendimiento con Dios; la fe conduce al entendimiento en esta vida hacia la unión perfecta» (Tes. 246). En esto encuentra Karol lo que llama «el punto dinámico, la tesis, nos atreveríamos a decir, que el Doctor Místico trata de profundizar y explicar». Karol Wojtyła propone como idea maestra del Doctor místico la siguiente:

«San Juan de la Cruz habla de la fe desde su óptica espiritual, ascética y mística. Su gran preocupación es afirmar que «es el medio proporcionado para la unión del alma con Dios». Para él

la unión con Dios es el supremo objetivo de la vida del cristiano y del místico. La excelencia de la fe consiste en su función de medio comunicante y unitivo del hombre con Dios: mientras ninguna cosa creada puede en última instancia unirnos a la divinidad, es esta la eficacia de la fe sobrenatural. Pero rectamente entendido: para el santo la fe no es mera especulación intelectual. Él habla de *fe en amor*»¹⁰.

Toda la doctrina sanjuanista gira en torno a ese punto o dimensión de la fe, partiendo y apoyándose, con estricta lógica a lo que es el principio general de todo su sistema místico, y que establece en Subida II, 3, y 8 y que designa con la expresión « semejanza esencial »¹¹. Ya en la primera parte dejó bien razonado y explicado y aquí lo vuelve a perfilar perfectamente, lo siguiente, diciendo:

«Entre la criatura y Dios no hay semejanza esencial, porque le esencia divina es infinitamente distante de la esencia de cualquier criatura, por muy perfecta que esta sea. De este fundamental aserto brota inmediatamente el principio fundamental de todo el sistema místico de San Juan de la Cruz: ninguna criatura puede por sí misma ser medio proporcionado para la unión con Dios, porque le falta la «proporción de semejanza» absolutamente para ello» (Tes. 246-247).

Estos dos principios el metafísico de la «semejanza esencial» y el más práctico del «medio proporcionado» para la unión «constituyen la base del sistema y se extienden virtualmente hasta las últimas conclusiones teóricas y decisiones prácticas de la mística teología de San Juan de la Cruz. Sobre esa base está edificada su doctrina acerca de la fe, levantándola hasta las alturas místicas». De aquí se sigue que la fe es «medio pro-

¹⁰ TOMÁS DE LA CRUZ, *Un artículo de Carlos Wojtyła...*, o. c., 386.

¹¹ En 3S 9, se trata de «cómo la fe es noche oscura para el alma. Pruébalo con razones y autoridades y figuras de la sagrada Escritura». Y en 2S 8 «trata en general, cómo ninguna criatura ni alguna noticia que puede caer en el entendimiento le puede servir de próximo medio para la divina unión con Dios».

porcionado», «propio», «próximo», «acomodado», «adecuado», «legítimo» para la unión del entendimiento con Dios. Así aparece el valor ontológico de la fe, que se sitúa por encima de la línea natural de cualquier criatura, aún de las más perfectas. En esta semejanza esencial con Dios reside su íntima naturaleza; y añade aquí Karol: «Esta es la razón que hace posible nuestro estudio sobre: *La naturaleza de la fe según San Juan de la Cruz*. El tema de la semejanza esencial de la fe con Dios le gusta particularmente a Karol Wojtyła y sigue discuriendo y hablando sobre ello y vuelve a explicar como la fe es medio de unión del entendimiento en esta vida lo mismo que la visión en el cielo, porque en la fe concurren esencialmente los mismos elementos que en la visión; a saber, la luz divina infusa y el objeto divino, que en esa luz se notifica y une al entendimiento». [...]

En aquel primer artículo de 1948, al hablar de la dinámica de la unión: fe-contemplación-unión precisa: «en la mente humana, la fe determina una doble trascendencia: paso del conocimiento natural al sobrenatural; y, a nivel psicológico, superación de la mecánica limitante del conocer humano. Esta segunda, inicialmente precaria, tiene su plenitud en la contemplación, acto de fe y amor, “noticia amorosa”. En ella, a la eficacia de la fe se suma la fuerza del amor teologal: también el amor es unitivo; y a ambos —fe y amor— se suma la acción del Espíritu Santo con sus dones»¹².

En las páginas que publicó el tesista en *Collectanea Theologica* toca el tema de la trascendencia de esta manera más clara:

«La semejanza esencial abre un orden intencional por la trascendencia del sujeto de la fe, que es el entendimiento: en la fe se proyecta la misma esencia divina, la misma razón íntima de la Deidad. He aquí por qué hemos nominado este concepto: facultad de trascendencia teologal del entendimiento respecto a Dios. La fe —proclamada: medio proporcionado para la unión del entendimiento con Dios—, en tanto hace íntima al entendimiento la

¹² TOMÁS DE LA CRUZ, *Un artículo de Carlos Wojtyła...*, o. c., 387.

semejanza de la esencia divina, en cuanto hace al entendimiento mismo partícipe de la deidad»¹³.

Y dice más: «Así la fe, medio proporcionado de la unión del entendimiento con Dios por razón de la semejanza esencial, se manifiesta unida a un sujeto psicológico. Por el exceso de luz que le es entregada por la fe (2S 3, 1). Asiente el entendimiento a las verdades reveladas aunque no vea psicológicamente la razón formal de las mismas, que es la misma esencia divina en cuanto tal»¹⁴.

Después de no pocas explicaciones nos dice Karol:

«Con esto damos por finalizada la exposición de la primera trascendencia que la fe debe realizar para unir el entendimiento con Dios. Y, a la vez, queda explicada la primera tarea de la fe. Se trata de una trascendencia ontológica, y de una tarea ontológica, por las que la fe, en virtud de la “semejanza esencial”, que proporciona respecto a Dios, hace que el entendimiento, informado por ese hábito infuso, se proporcione y una a Él»¹⁵.

Pero a continuación añade: «Queda aún la segunda trascendencia, es decir la psicológica, postulada para que el entendimiento pueda también alcanzar, en el plano psicológico, la esencia divina», y habla ahora de presentar algunos «allanamientos conceptuales». Y el primero que propone es el siguiente: «La unión del entendimiento con Dios se hace en fe, y a esta unión del entendimiento con Dios en sola fe, viva por la caridad, parece que se refiere el Doctor místico cuando en *Subida II 5*, 2 habla de unión total y permanente en cuanto al hábito oscuro de unión. Y en este sentido llama a la fe hábito cierto y oscuro. Hábito, en cuanto el entendimiento posee en fe la esencia divina y está unido a ella en fe. Oscuro, en cuanto el entendimiento ca-

¹³ KAROL WOJTYŁA, *Quaestio de fide apud S. Joannem a Cruce*, en *Collectanea Theologica Societatis Theologorum Poloniae* 21 (1949-1950) 432.

¹⁴ *Ibid.*, 438-439.

¹⁵ *Ibid.*, 439.

rece de la forma intencional de la Divinidad, a la que está unido en fe. Ciertamente en cuanto se adhiere de un modo permanente y sin titubeos» (Tes. 257).

3. Un comentario personal

Terminando ya esta parte sobre la tesis de Karol Wojtyła quiero hacer algún comentario especial:

- Las recensiones que se hicieron de la tesis dada a conocer al gran público en 1979-1980, cuando Karol era ya Papa son muy comedidas y elogiosas. No es lo mismo enjuiciar una tesis hecha por un joven sacerdote polaco desconocido en 1948, que cuando te enteras de que es la tesis del Papa, 30 años después.
- Yo, desde mi ignorancia, me atrevo a hacer alguna observación crítica:
- Creo que filosofa demasiado y esto no le ayuda tanto como piensa a entender a San Juan de la Cruz.
- Está empeñado en encontrar el mayor fundamento para su tesis en el capítulo 8 del libro segundo de la Subida; y yo creo que le hubiera ayudado muchísimo más que hubiera desentrañado, como hace otras veces con otros textos, el capítulo 4, donde Juan de la Cruz habla como nunca desde un comentario bíblico a un texto de San Pablo de la trascendencia divina y desde ahí deja iluminada toda la doctrina que sigue en los capítulos siguientes.
- Otra cosa: en la parte de la síntesis recuerda Karol que Juan de la Cruz habla solo de la fe viva; y ese ser viva le viene de la caridad; y aquí podría y debía explicar más abundantemente esta realidad de modo que, en definitiva, de lo que se trata en la tesis, es de la vida teologal en su totalidad; y en el capítulo 21 del libro segundo de la Noche tenía todos los elementos y la doctrina sanjuanista para esto. Y ya dice el Santo: «De donde cuanto

más el alma se quiere oscurecer y aniquilar acerca de todas las cosas exteriores e interiores que puede recibir, tanto más se infunde de fe y por consiguiente de amor y esperanza en ella por cuanto estas tres virtudes teologales andan en uno» (2S 24, 8).

4. Otros documentos del papa Wojtyła con inspiración sanjuanista

Dejando ya a un lado la tesis, podemos decir que el aprecio enorme que tenía Juan Pablo II de la persona y de la doctrina de San Juan de la Cruz lo podemos verificar por otra parte en sus documentos, en sus discursos, en sus conversaciones.

4.1. Los ejercicios espirituales para el Papa Pablo VI

En marzo de 1976, el Papa Pablo VI invitó a Wojtyła, siendo ya cardenal a predicar en el Vaticano los ejercicios espirituales a él, es decir a Pablo VI, y a sus más directos colaboradores. En esos días no se olvidó el cardenal de Cracovia de su San Juan de la Cruz, y ya en la segunda charla, refiriéndose al ateísmo habla del Dios de majestad, del Dios trascendente y dice: «San Juan de la Cruz nos ha dejado un testimonio hermosísimo de semejante experiencia»:

«Para venir a lo que no sabes,
has de ir por donde no sabes;
para venir a lo que no posees,
has de ir por donde no posees;
para venir a lo que no eres,
has de ir por donde no eres»¹⁶.

Poco más adelante, hablando de la crucifixión de Cristo el Señor, afirma que ante un acontecimiento como este «la iglesia calla el Viernes Santo. Callemos también nosotros, porque nos

¹⁶ KAROL WOJTYŁA, *Signo de contradicción. Meditaciones*, BAC, Madrid 1978, p. 23.

faltan las palabras adecuadas... Si alguien ha logrado —al menos en parte— encontrar las palabras exactas, estos han sido ciertamente los santos como San Pablo, San Francisco o San Juan de la Cruz»¹⁷. Tratando del misterio del purgatorio decía a los ejercitantes:

«Quizá la experiencia interior de los místicos es la que más se aproxima a esta verdad. Por ejemplo, San Juan de la Cruz escribe: “En esto humilla Dios mucho alma para ensalzarla mucho después, y, si Él no ordenase que estos sentimientos cuando se avivan en el alma se adormeciesen presto, moriría muy en breves días, Mas son interpolados los ratos en que se siente su íntima viveza, la cual algunas veces se siente tan a lo vivo, que le parece al alma que ve abierto el infierno y la perdición; porque de esos son los que de veras descienden al infierno viviendo (Sal 54, 16), pues aquí se purgan a la manera que allí se había de hacer; y así el alma que por aquí pasa, o no entra en aquel lugar o se detiene allí muy poco, porque aprovecha más una hora aquí que muchas allí”. En este magnífico texto, en el que el Concilio descubre el “carácter escatológico de la Iglesia”, se debería insertar toda esta vía de la purificación que de diversos modos se realiza en el peregrinaje terrestre del hombre y luego en el Purgatorio»¹⁸.

Finalmente recuerda Wojtyła a sus ejercitantes la gran sentencia: «A la tarde te examinarán en el amor, que dice San Juan de la Cruz, con la elocuencia del gran místico que habla directamente al alma»¹⁹.

4.2. Visita de la parroquia de San Pancracio en Roma

En el «Teresianum» de Roma el 22 de abril de 1979, soy testigo presencial de lo que allí dijo Juan Pablo II. El Papa andaba haciendo la visita, como obispo de Roma, a la parroquia de San Pancracio. Allí dijo la misa, con una homilía referida a la

¹⁷ Ibid., 102.

¹⁸ Ibid., 211.

¹⁹ Ibid., 232.

vida y actividad de la parroquia. Terminada la visita a la parroquia pasó el Papa al Colegio Teresiano, pegado a la parroquia. Saludado por el Padre General Finiano de la Reina del Carmelo, se dirigió el Papa a nosotros y comenzó diciéndonos:

«Puedo decir que conozco a los Carmelitas descalzos desde mi infancia. Nací —acaso ya lo sabéis— en un lugar, en una ciudad Wadowice, donde hay un convento, famoso, porque en un tiempo fue Prior de él el Siervo de Dios Padre Rafael Kalinowski. Así me fui habituando a ver este hábito muy especial, característico, desde los primeros años de mi vida. Después acostumbraba a visitar la iglesia y participar en la liturgia, en las ceremonias de aquella iglesia. Más tarde me puse a estudiar a san Juan de la Cruz, sobre el que hice mi tesis doctoral».

Y nos explica: «Tengo que decir que este estudio, este interés por vuestro grande Doctor san Juan de la Cruz (tengo que decir que estudiaba más al santo que a Santa Teresa) lo debo no a un carmelita sino a un buen hombre laico, y —lo que es más interesante— el laico que yo encontré practicaba la doctrina de san Juan de la Cruz. Este me llevó a sus obras, a las obras de Juan de la Cruz, a estudiarlo, a tratar de entenderlo. Y así llegué también a mi tesis»²⁰.

Siguió la visita y ya al final, después de escuchar al Presidente de la Facultad de Teología, dijo el Papa, como despidiéndose: «¿Qué os puedo decir ya para terminar? Pienso que, para comprender la dignidad de la persona humana, la habilidad de la persona humana, es necesario pasar una vez por la teología de San Juan de la Cruz; hay que pasar —digámoslo así— una vez por aquella dimensión del hombre que se abre con la doctrina de San Juan de la Cruz y entonces se ve lo que quiere decir “hombre”. Después no se puede olvidar su dignidad»²¹.

²⁰ *Acta Ordinis Carmelitarum Discalceatorum*, 24 (1979) 5. En adelante: *Acta OCD*, seguido por el número de volumen, año y el número de página.

²¹ *Acta OCD*, 24 (1979) 6.

El contenido de estos pensamientos de Juan Pablo II sobre la doctrina y enseñanzas de san Juan de la Cruz es muy válido, serio y profundo. Y de verdad que bien asimiladas las verdades que Juan de la Cruz formula y bien asimilada lo que el Papa llama su teología, se puede dar lo que él dice con tanto aplomo que «entonces se ve lo que quiere decir “hombre”, y después no se puede olvidar su dignidad».

4.3. Visita «ad limina» de los obispos españoles

El 6 de febrero 1982: en una alocución a algunos obispos españoles en su visita «ad limina»: «Me congratulo por todo ello con vosotros; más aún, sabiendo que de esa cepa espiritual se alimentaron la fe y el amor encendido de Juan de la Cruz y de Teresa de Jesús, dos Santos que, si me es permitido decirlo, han sido confidentes míos desde los años de mi juventud»²².

4.4. La carta para el centenario de la muerte de Santa Teresa

El 31 de mayo de 1982. En la Carta a las carmelitas descalzas en el centenario de la muerte de Santa Teresa, les recuerda los tres puntos fundamentales: caridad, desasimiento de todo, la humildad (*Camino de perfección* 4, 4) y les dice: «todo esto forma parte también de aquella nota característica y esencial de la experiencia carmelitana, que san Juan de la Cruz, intrépido cooperador de Santa Teresa en la reforma de vuestra Orden, ha expresado magistralmente en aquel su lenguaje absoluto del “todo-nada”»²³.

4.5. Enseñamiento oral

En un mensaje papal teresiano, televisado el 15 de octubre de 1982, Juan Pablo II decía refiriéndose a las maravillosas enseñanzas de santa Teresa que conectan perfectamente con los

²² AAS 74 (1982) 468.

²³ *Acta OCD*, 27 (1982) 13. Traducción propia.

anhelos de nuestro siglo: «Yo mismo lo pude comprobar cuando en circunstancias difíciles de mis años juveniles me acerqué al magisterio de Teresa y Juan de la Cruz» (II, 82).

En la homilía que tuvo en Ávila el 1 de noviembre de 1982 decía: «aquí también yo deseo estrechar todavía más mis vínculos de devoción hacia los santos del Carmelo nacidos en estas tierras Teresa de Jesús y Juan de la Cruz. En ellos no solo admiro y venero a los maestros espirituales de mi vida interior, sino también a dos faros luminosos de la Iglesia en España, que han alumbrado con su doctrina espiritual los senderos de mi patria, Polonia, desde que al principio del siglo XVII llegaron a Cracovia los primeros hijos del Carmelo teresiano» (II, 121)²⁴.

En el discurso a los profesores de teología tenido en Salamanca les decía: «saber que el Papa, que ha sido también hombre de estudios y de universidad, comprende las dificultades y las exigencias enormes de vuestro trabajo» (II, 127). Al principio de su discurso les cita unos cuantos nombres de ilustres profesores y cierra la lista diciendo: «¿Y cómo olvidar a los “doctores de la Iglesia” Juan de la Cruz y Teresa de Jesús?» (II 126).

En su discurso a los religiosos y miembros de institutos seculares masculinos en Madrid nos decía, estuve allí presente, hablándonos de la fidelidad renovada que haga más encendido el amor a Cristo: «Esta fidelidad implica, antes que nada y como base de todo, un ansia creciente de trato con Dios, de unión amorosa con Él. El consagrado —os digo con San Juan de la Cruz— “de tal manera quiere Dios que sea religioso, que haya acabado con todo y que todo se haya acabado para él, porque él mismo es el que quiere ser su riqueza, consuelo y gloria deleitable”» (Carta 9 a Leonor Bautista: 8 de febrero de 1588).

En el discurso a los representantes de la Universidad, reales academias e instigadores, tenido en Madrid les dice: «Un

²⁴ JUAN PABLO II, «Homilía en la solemne Eucaristía celebrada en Ávila», *Monte Carmelo* 90 (1982) 407.

lugar parte corresponde a vuestros grandes maestros espirituales. Su obra tuvo una difusión que desbordó rápidamente vuestras fronteras para extenderse a la Iglesia entera. Pensemos en Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz, Doctores de la Iglesia» (II, 161).

En su homilía en Loyola también se acordó de la «familia carmelitana de Teresa de Jesús y Juan de la Cruz» (II, 208).

En el viaje a España contado por el Papa en la audiencia habitual de los miércoles, *17 de noviembre de 1982*, decía: «El jubileo teresiano tiene una específica elocuencia, no solo si consideramos la figura de la santa, sino también, indirectamente, en consideración del periodo en el que ella vivió y que es muy importante para la historia de la Iglesia. Junto a la gran obra de Teresa de Jesús aparece en el horizonte del Carmelo renovado San Juan de la Cruz. Y por tanto, en el cuadro de la misma peregrinación, me ha sido dado visitar el 4 de noviembre también su tumba en Segovia. La misión de estos dos santos doctores de la Iglesia sucede en el período inmediatamente posterior a la reforma, y al mismo tiempo se coloca después del Concilio Tridentino, que inicia una renovación de la Iglesia significativa para aquellos tiempos» (II, 293).

4 de mayo de 1985: Alocución al Capítulo General de la Orden en la Sala Clementina. Sé que el Capítulo ha elegido como argumento central la «cultura en la Orden». [...] Ciertamente, vosotros tenéis un modo vuestro, característico, de vivir el gran valor de la cultura en conformidad con vuestro carisma peculiar, que os quiere guías a la experiencia contemplativa sobre las huellas sobre todo de maestros como san Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús²⁵. Hablando después de terminada la alocución de un modo más libre comentó el Papa sus relaciones con los carmelitas descalzos en su ciudad natal, acudiendo a su iglesia para confesarse, y recibiendo tantos beneficios

²⁵ *Acta OCD*, 30 (1985), p. 17.

de la espiritualidad carmelitana, y añadía: «Además mi encuentro con las obras de los dos santos, sobre todo con San Juan de la Cruz en los años posteriores me ha dado una grande iluminación espiritual, especialmente durante los estudios teológicos. Así recibiendoos y hablando con vosotros todo lo que os he hablado, he tenido delante de mis ojos toda mi experiencia personal en los diversos periodos de la vida, en mi vida en la que la presencia espiritual carmelitana era muy fuerte»²⁶.

24 julio 1988: en Castel Gandolfo. «Los grandes místicos carmelitas han entendido la experiencia de Dios en la propia vida como un «camino de perfección» (S. Teresa), como una Subida del Monte Carmelo» (S. Juan de la Cruz). En este itinerario está presente María. Ella, —invocada por los carmelitas como Madre, Patrona y Hermana— se torna en cuanto Virgen purísima, modelo del contemplativo, sensible a la escucha y a la meditación de la Palabra de Dios y obediente a la voluntad del Padre por medio de Cristo en el Espíritu Santo. Por eso en el Carmelo, y en cada alma profundamente carmelitana, florece una vida de intensa comunión y familiaridad con la Virgen María, cual «nueva manera» de vivir para Dios y de continuar aquí en la tierra el amor del Hijo, Jesús, a su Madre María»²⁷.

El 16 de noviembre de 1990 recibía en audiencia a miembros de la comisión nombrada en la autonomía de Castilla y León para las grandes celebraciones del IV Centenario de la muerte de San Juan de la Cruz. Les saludaba cordialmente y les decía: «Agradezco vivamente a los aquí presentes esta visita que me hace recordar con gozo los inolvidables momentos de mi viaje por tierras de vuestra Comunidad Autónoma, en particular, por Ávila, Segovia y Salamanca, en 1982».

Y les cuenta «En aquella ocasión pude rendir homenaje a las figuras de santa Teresa de Jesús y de san Juan de la Cruz,

²⁶ *Acta OCD*, 31 (1986), p. 8-9.

²⁷ *L'Osservatore Romano* (25-26 julio 1988) 1.

esos dos castellanos universales, Doctores de la Iglesia, que con sus santidad y doctrina iluminan al Pueblo de Dios y que con la proyección de su mensaje espiritual y de sus valores humanos y literarios, ennoblecen en el mundo entero la lengua y la historia de la tierra que los vio nacer». A pocos años del centenario de Santa Teresa, la Providencia le depara «poder celebrar también el IV Centenario de la muerte de san Juan de la Cruz, con quien me siento particularmente vinculado, por su influjo espiritual, que experimenté desde mi juventud, y por los estudios que sobre él hice en mi período universitario».

Les dice que se va a unir espiritualmente en estas celebraciones jubilares, «a los amados hijos e hijas de España, que peregrinan a Fontiveros, su pueblo natal, a Úbeda, lugar de su muerte, a Segovia, que guarda su sepulcro». Y les hace saber que, bien consciente de lo que significa la celebración del centenario, ha querido nombrar «como Enviado Especial al Señor Cardenal Ángel Suquía Goicochea, Arzobispo de Madrid y Presidente de la Conferencia Episcopal Española, para que me represente en la apertura oficial del IV Centenario en Segovia».

Las celebraciones que tendrán lugar «expresan muy adecuadamente el sentido de una renovada presencia de san Juan de la Cruz en el mundo de hoy, como mensajero de los valores perennes para el hombre y el cristiano». San Juan de la Cruz recorrió «el camino de su vida, a la búsqueda de Dios, descubriendo su presencia en la creación y en las criaturas. Ahora, “a zaga de su huella” —la que Juan de la Cruz ha dejado en sus escritos—, quieren la Iglesia en España y, en particular, las gentes de Castilla y León emprender un camino que sea estela luminosa en la vida personal y familiar, en la cultura y en el testimonio de los cristianos en medio de la sociedad».

A continuación, se pone a elogiar al santo Doctor de una manera solemne, diciendo: «Juan de la Cruz, maestro en la fe, es también guía en los senderos de la vida. Su palabra, honda y pausada, sugiere al hombre toda la plenitud de su dignidad en

la ardua tarea de acercarse al misterio de la existencia, en la humana fatiga del creer superando la oscuridad, en la síntesis del amar a Dios y al prójimo, ya que, como hermosamente dice el Santo: “*Al fin, para este fin de amor fuimos creados*”» (CB 29, 3).

«También hoy, en una época de frecuentes ambigüedades, Juan de la Cruz invita a ser buscadores de la verdad y peregrinos de la fe; alienta a ser hombres y mujeres que pongan la verdad de Dios por encima de todo compromiso humano». Y comenta oportunamente: «la búsqueda de la verdad de Dios y del hombre no impide al cristiano abrirse al mundo que lo rodea. A este respecto, podemos afirmar que Juan de la Cruz es modelo de cristiano dialogante, un hombre de amplitud cultural que expresa bien aquella apertura propia de los hombres y mujeres de su tierra castellana, en la época que te tocó vivir, el Siglo de Oro español. Por eso, el Santo de Fontiveros tiene talla universal, como lo atestigua la difusión de sus escritos, traducidos en las principales lenguas y que son objeto de estudio e investigación desde los más variados campos del saber humano y de la cultura religiosa y humanística».

Estas referencias, una y otra vez, a la cultura llevan a Juan Pablo II a decir: «Y es precisamente el mundo de la cultura el destinatario de uno de los mensajes de san Juan de la Cruz, especialmente para su Patria». Y anota: «En nuestros días existe el riesgo de disociar la fe de la cultura, haciendo como impenetrables a los valores y al lenguaje de la fe el campo de la cultura moderna, como si existiese una laguna incolmable entre ambas». Existe además hoy otro peligro, y también en la sociedad española, «de hacer pasar por genuinos valores culturales toda una serie de comportamientos que no están en sintonía con la dignidad de la persona humana y que tratan de imponer unas actitudes que, al alejarse de la concepción cristiana de la vida, nunca podrán ser auténticamente humanas. Tales actitudes no responden a vuestra tradición cultural más genuina, que tiene otros valores imperecederos y otras riquezas humanas».

Alaba el Papa el programa cultural de «Las edades del hombre», que tanta resonancia está teniendo, como expresión de los auténticos valores cristianos.

La celebración del IV Centenario de la muerte de Juan de la Cruz es una oportunidad para «contribuir a fortalecer vuestras raíces cristianas y a corroborar vuestra conciencia y testimonio como creyentes, para que el espíritu castellano que él encarna cale profundamente en la vida individual y social, en la educación y en la cultura».

Y termina con un canto a Juan de la Cruz y con una exhortación a los presentes: «Juan de la Cruz, cantor de la hermosura divina, testigo de un Dios que engrandece al hombre al hacerlo partícipe de su misma vida, os precede y os estimula con su ejemplo. Su figura es patrimonio de la humanidad, especialmente en el campo de la espiritualidad y de la cultura. Seguid el camino, «a zaga de su huella», para que se revitalice y encarne ese patrimonio de fe y de saberes que es herencia y compromiso de las gentes de Castilla y León».

Hasta las últimas palabras de la Bendición Papal para los asistentes a ese encuentro hacen presente a san Juan de la Cruz: «Mientras os aliento en vuestras tareas para hacer de este Centenario una ocasión de crecimiento espiritual, que refuerce entre todos los españoles los vínculos de amor, ese amor del que seremos examinados a la tarde de nuestra vida, imparto con afecto mi Bendición Apostólica»²⁸.

22 de abril de 1991: en la Alocución al Capítulo General de los Carmelitas Descalzos, tenuta en la Sala Clementina del Palacio Apostólico Vaticano, dijo: «Durante el Capítulo apenas terminado, habéis tratado de reflexionar sobre un tema de lo más actual y estimulante: *El Carmelo teresiano y la nueva evangelización*. Como recordaréis en la Carta Apostólica que dirigí

²⁸ *Acta OCD*, 34-35 (1989-1990) 50; también en *Ecclesia*. núm. 2506 (15 diciembre 1990) 25-26.

a vuestra familia religiosa con ocasión del IV Centenario de la muerte de San Juan de la Cruz, subrayaba la necesidad de dar un nuevo vigor a la fe para «llevar a cabo una nueva evangelización a partir de la evangelización de los creyentes, abriéndose cada vez más a las enseñanzas y a la luz de Cristo» (Maestro en la fe, n. 3). Jesús representa el fundamento de la contemplación y del servicio típicos de la espiritualidad de santa Teresa de Jesús y de san Juan de la Cruz y de todos los demás grandes maestros de vuestra tradición carmelitana»²⁹.

10 de noviembre de 1991: dirigía una Carta al Cardenal salesiano Antonio María Javierre Ortas nombrándolo su delegado para la clausura del IV Centenario de la muerte de san Juan de la Cruz. En la carta, como se podía esperar, le decía: «Este eximio Doctor de la Iglesia ha investigado el íntimo ser del hombre y sus secretos místicos y llamado a las cosas superiores y celestiales emprendió el camino espiritual a lo más alto del monte de la santidad»³⁰.

19 de noviembre de 1991: en la Audiencia concedida a los peregrinos al día siguiente de la canonización de San Rafael Kalinowski, les decía: «Dos acontecimientos importantes: el aniversario de la muerte del Doctor místico y la canonización de un hijo suyo espiritual. Esto representa una significativa confirmación de la perenne actualidad del mensaje de San Juan de la Cruz, Maestro de la fe, que no cesa ni siquiera en nuestros días de iluminar el camino de numerosos hombres de todos los continentes»³¹.

14 de diciembre de 1991: Juan Pablo II en el palacio de Santa Marta dijo a los Padres sinodales que habían intervenido en el Sínodo de los Obispos: «Hoy celebramos a San Juan de la Cruz. Es una memoria especial porque llega al fin del IV

²⁹ *Acta OCD*, 36-37 (1991-1992) 15-17.

³⁰ *Ibid.*, 13.

³¹ *Ibid.*, 21.

Centenario de su muerte. Yo, por favor de la divina providencia, me he ocupado mucho de San Juan de la Cruz, de su doctrina, de su teología, de sus libros. Y pienso que esta su doctrina, este su magisterio que la Iglesia ha reconocido con el título de Doctor de la Iglesia, es fácil y es difícil al mismo tiempo. Difícil para entender las experiencias vividas. Y sin estas experiencias vividas no se entiende a fondo ni a San Juan de la Cruz ni a Santa Teresa de Jesús. Y la noche oscura [...] noche oscura, pero también diversas noches oscuras». Se refiere más adelante a España, y al final de la reconquista, después de la cual: «Estalla una grande oración, una grande oración. Porque esto es lo que representan los dos San Juan de la Cruz y Santa Teresa, sobre todo San Juan de la Cruz es una grande oración; es el vértice de la oración, de la unión mística con Dios, una grande oración»³².

23 de diciembre de 1991: a la Curia Romana. «Este año hemos celebrado también el IV Centenario de la muerte de otro santo europeo, san Juan de la Cruz. He querido que este acontecimiento fuese conmemorado con el envío de un delegado mío sea al principio sea a la clausura de las celebraciones jubilares en España y con la Carta Apostólica Maestro de la fe. La humilde y austera figura de este carmelita irradia con sus escritos, que se revelan ahora mismo de grande actualidad, una grande luz para penetrar en el misterio de Dios y en el misterio del hombre. Él, que tuvo un sentido particular de la trascendencia divina, oriente nuestras miradas en la hora de la nueva evangelización. Maestro en la fe y en la vida teologal, Juan de la Cruz nos ha inculcado la necesidad de ser purificados por el Espíritu del Señor, para desarrollar una acción apostólica incisiva y eficaz. Pues existe una estrecha conexión entre la contemplación y el empeño por la transformación del mundo»³³.

³² Ibid., 19-20.

³³ Ibid., 26-27.

21 agosto 1994: homilía en Cogne, en Valle d'Aosta. «Doy las gracias al Obispo de Aosta por haberme recordado otra montaña, la del Carmelo, sobre la que he estudiado y meditado mucho en años pasados, y siempre durante toda la vida[...] La fatiga y el empeño de subir a lo alto, he aquí la Subida del Monte Carmelo[...] Esta altura de los montes nos habla también de la profundidad del ser humano, nos permite descubrir las profundidades de nuestro ser de hombres y mujeres»³⁴. Para entender mejor esta alusión del Papa a la Subida del Monte Carmelo hay que tener en cuenta que el Obispo de Aosta había saludado al Papa diciéndole: «Más que un amante de la montaña, os presentáis a nuestros ojos como el teólogo de la montaña. Y nos hemos preguntado qué origen tendrá esta mística de la montaña a Vuestra Santidad tan querida y nos ha venido a la mente el recuerdo de vuestro largo contacto con las obras de San Juan de la Cruz, sobre todo con esa obra de arte que es "La Subida del Monte Carmelo". Sobre ese texto en vuestra juventud sacerdotal preparasteis la tesis en Teología. De aquí que hayamos concluido que el Doctor Místico ha quedado en vuestro corazón y que continúa a inspiraros»³⁵.

En 1995 en la ordenación presbiteral de los diáconos de la diócesis de Roma: «Consciente de cuánto ha sido amado por Dios, el presbítero tiene a su vez que convertirse en ministro del amor divino entre los hombres. Responde al amor con amor. Cada uno de nosotros tendría que recordar siempre las palabras de san Juan de la Cruz: "A la tarde te examinarán en el amor"» (D, 59)³⁶.

4.6. Otro enseñanza escrito

En la Carta Apostólica *Divini amoris scientia* con que Juan Pablo II declaraba doctora de la Iglesia a Teresa de Lisieux te-

³⁴ Acta OCD, 39 (1994) 13.

³⁵ Ibid., 13-14.

³⁶ Acta OCD, 40 (1995) 7.

nía que aparecer necesariamente Juan de la Cruz y así es: «de modo muy especial Teresa se alimentó de la doctrina mística de san Juan de la Cruz, que fue su verdadero maestro espiritual. Así, pues, no es sorprendente que, siguiendo la escuela de estos dos santos, Teresa y Juan de la Cruz, declarados posteriormente Doctores de la Iglesia, también ella, óptima discípula, se haya convertido en maestra de vida espiritual»³⁷.

En su Carta Apostólica del año 2000 *Novo millennio ineunte*, el nuevo milenio se preocupa en dar algunas prioridades pastorales que la experiencia misma del Gran Jubileo del 2000 ha puesto de relieve ante sus ojos, pensando en el nuevo milenio. Entre estas orientaciones pastorales que quiere proponer escribe: «En primer lugar, no dudo en decir que la perspectiva en la que debe situarse el camino pastoral es la de la santidad [...]. Terminado el jubileo, empieza de nuevo el camino ordinario, pero hacer hincapié en la santidad es más que nunca una urgencia Pastoral».

Explica un poco más adelante cómo poner la programación pastoral bajo el signo de la santidad «es una opción llena de consecuencias», y hace ver lo que esto significa en la vida del cristiano Recuerda que los caminos de la santidad son múltiples, conforme a la vocación de cada uno. E insiste en mostrar que «exigen una pedagogía de la santidad verdadera y propia, que sea capaz de adaptarse a los ritmos de cada persona [...] y para esta pedagogía de la santidad es necesario un cristianismo que se distinga ante todo en el arte de la oración» (n. 32). Para Juan Pablo II era «un signo de los tiempos», que, a pesar de todo, «se detecte una difusa exigencia de espiritualidad, que en gran parte se manifiesta precisamente en una renovada necesidad de orar».

El camino de la oración y de la santidad requiere un intenso compromiso espiritual que encuentra también dolorosas purifi-

³⁷ S.C.C.S. *La doctora más joven de la Iglesia. Teresa de Lisieux*, Monte Carmelo, Burgos 1998, pp. 317-327, la cita, p. 321.

caciones (la «noche oscura»), pero que llega, de tantas formas posibles, al indecible gozo vivido por los místicos como «unión esponsal». Y añade literalmente: «¿Cómo no recordar aquí, entre tantos testimonios espléndidos, la doctrina de san Juan de la Cruz y de santa Teresa de Jesús?» (n. 33). La cita es más que oportuna teniendo en cuenta lo que el Papa ha dicho más arriba del arte de la oración y de la perspectiva de la santidad y de haber proclamado que «sería un contrasentido contentarse con una vida mediocre, vivida según una ética minimalista y una religiosidad superficial» (n. 31).

En *Juan Pablo II, Cruzando el umbral de la esperanza*, Plaza & Janes Editores, 1994, al hablar de Buda, hace presente a San Juan de la Cruz, diciendo: «A veces se ha intentado establecer a este propósito una conexión con *los místicos cristianos*, sea con los del norte de Europa (Eckart, Taulero, Suso, Ruysbroeck), sea con los posteriores del área española (santa Teresa de Jesús, san Juan de la Cruz). Pero cuando san Juan de la Cruz, en su *Subida del Monte Carmelo* y en la *Noche Oscura*, habla de la necesidad de la purificación, de desprendimiento del mundo de los sentidos, no concibe un desprendimiento como fin en sí mismo: [...] Para venir a lo que no gustas, / has de ir por donde no gustas. / Para venir a lo que no sabes, / has de ir por donde no sabes. / Para venir a lo que no posees, / has de ir por donde no posees, [...] (S 1, 13, 11). Estos textos clásicos de san Juan de la Cruz se interpretan a veces en el este asiático como una confirmación de los métodos ascéticos propios de Oriente. Pero el doctor de la Iglesia no propone solamente el desprendimiento del mundo. Propone el desprendimiento del mundo para unirse a lo que está fuera del mundo, y no se trata de nirvana, sino de un Dios personal. La unión con Él no se realiza solamente en la vida de la purificación, sino mediante el amor. La mística carmelitana se inicia en el punto en que acaban las reflexiones de Buda y sus indicaciones para la vida espiritual. En la purificación activa y pasiva del alma humana, en aquellas específicas noches de los sentidos y del

espíritu, san Juan de la Cruz ve en primer lugar la preparación necesaria para que el alma humana pueda ser penetrada por la llama de amor viva. Y este es también el título de su principal obra: *Llama de amor viva*»³⁸.

En el mismo libro, cuando habla de Vida eterna ¿todavía existe?, dice: «Un argumento muy convincente acerca del purgatorio se me ha ofrecido —aparte de la bula de Benedicto XII en el siglo XIV— sacado de las *Obras místicas de san Juan de la Cruz*. La “llama de amor viva”, de la que él habla, es en primer lugar una llama purificadora. Las noches místicas, descritas por este gran doctor de la Iglesia por propia experiencia, son en un cierto sentido eso a lo que corresponde el purgatorio. Dios hace pasar al hombre a través de un tal purgatorio interior toda su naturaleza sensual y espiritual, para llevarlo también a la unión con Él. No nos encontramos aquí frente a un simple tribunal. Nos presentamos ante el poder del mismo Amor»³⁹.

4.7. El congreso de la Universidad Menéndez Pelayo

En abril de 1991, en el centenario de la muerte de San Juan de la Cruz se celebró en Roma, en el «Teresianum» un Congreso «organizado por la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, y bajo los auspicios de la Embajada de España ante la Santa Sede y del mismo Institutum “Teresianum”».

Juan Pablo II envió un gran mensaje-discurso a los participantes, y en él cita un par de veces textos de su Carta Apostólica *Maestro en la fe*. En ese discurso hace un gran elogio de Juan de la Cruz diciendo: «Juan de la Cruz [...] acentuando su humanidad y su apertura a la trascendencia, es un auténtico representante del más fino humanismo hispano en el siglo XVI. Él pone en el centro de sus enseñanzas al “homo viator”, al

³⁸ JUAN PABLO II, *Cruzando el umbral de la esperanza*, Plaza & Janes Editores, 1994, pp. 100-101.

³⁹ Ibid., pp. 187-188.

hombre en camino, peregrino por las noches oscuras de la vida, en búsqueda ansiosa y amorosa de Aquel que da sentido a la existencia». Juan de la Cruz supo plasmar «en sus grandes símbolos y en sus inimitables poesías, los más sencillos y a la vez los más hondos sentimientos de la existencia humana; por eso tiene talla y resonancia universal. En efecto, este es el secreto de la permanente atracción que ejerce sobre tantos estudiosos, que ven en él un inagotable manantial de aguas vivas»⁴⁰. A continuación, habla de su caso personal, diciendo: «Mi misma experiencia personal, durante al período que dediqué al estudio de la doctrina del Santo acerca de la fe, me confirma que hay mucho que profundizar en su pensamiento y escritos, porque es mucho lo que hay que ahondar en el misterio del hombre, que es como el centro mismo de toda su obra»⁴¹.

Pasa luego Juan Pablo II a hablar de la belleza de la creación, subrayando cómo Juan de la Cruz «canta la belleza de la creación y del Creador, con un mensaje al hombre que se abre en la trascendencia a su vocación de infinito». Y no contento con estas ponderaciones sigue enaltecendo al santo de un modo singular: «por su expresividad simbólica y poética, por su universalismo, Juan de la Cruz es un hombre, podríamos decir, de frontera, como son de frontera sus experiencias humanas y místicas, las expresiones de su poesía y de su doctrina»⁴².

Y saca ahora Juan Pablo II una consecuencia muy importante, puntualizando: «En efecto, la difusión y el estudio de sus escritos lo sitúan en la vanguardia misma del diálogo; diálogo con aquellos que experimentan los límites de lo humano, en el sufrimiento de la noche oscura; diálogo a nivel ecuménico e interreligioso por el profundo aprecio que goza aun fuera de la

⁴⁰ Discurso del Santo Padre Juan Pablo II a los Participantes en un Congreso sobre San Juan de la Cruz. Jueves 25 de abril de 1991. www.vatican.va

⁴¹ Ibid. n° 2.

⁴² Ibid. n° 3.

Iglesia católica; diálogo con la cultura universal, como lo atestigua también este Congreso que ve reunidos en Roma a numerosos estudiosos sanjuanistas»⁴³.

5. Patrono de los poetas de lengua española

Una deferencia más de Juan Pablo II hacia su San Juan de la Cruz, nada menos que declarándole Patrono de los poetas de lengua española. Así lo nombró Juan Pablo II, poeta también él, con su Breve Apostólico *Inter praeclaros poetas*, «dado en Roma, en San Pedro, bajo el anillo del Pescador, el día 8 de marzo, año de 1993, décimo quinto de nuestro pontificado». El Breve comienza con un gran elogio del Santo: «Entre los preclaros poetas de la humanidad está considerado con toda justicia San Juan de la Cruz, presbítero y doctor de la Iglesia, insigne en santidad de vida, sabiduría y mística doctrina; movido por el aliento del amor divino y sirviéndose de la lengua española, compuso admirablemente no pocos poemas que, con sublime arte poética, mueven el ánimo a quienes los leen o los oyen hacia la Suprema Hermosura, la eterna Verdad y el Infinito Bien»⁴⁴.

Una vez más Juan Pablo II manifiesta su vinculación con San Juan de la Cruz: «hemos estudiado y apreciamos grandemente la vida y las obras de este esclarecido santo [...] accedemos con sumo gusto a las peticiones presentadas». Y pasa al nombramiento: «Habiendo comprobado lo que, con facultades por Nos concedidas, ha hecho la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos en este asunto, con Nuestra Suprema autoridad Apostólica, en virtud de esas Letras y para siempre, confirmamos a San Juan de la Cruz como Patrono ante Dios de los poetas de lengua española, con todos los derechos y privilegios litúrgicos consiguientes a tenor de las

⁴³ Ibid.

⁴⁴ JOANNES PAULUS PP. II, *Litterae Apostolicae: Inter praeclaros*. <http://w2.vatican.va> (Traducción propia).

rúbricas»⁴⁵. No duda el Papa lo más mínimo «este honor concedido va a ceder en bien de la religión y en provecho espiritual de los poetas católicos de lengua española, y a coronar a un tiempo, con gloria especial, las recientes solemnidades celebradas con motivo del IV Centenario de la muerte de hombre tan grande, heraldo de Dios, renovador del Carmelo y lumbrera de la Iglesia».

Ya pueden bastar estos testimonios que certifican la presencia de Juan de la Cruz en Juan Pablo II, pero, seguramente que hay más.

6. La Carta Apostólica *Maestro de la fe*

Ya a través de la tesis doctoral de Karol Wojtyła se puede ver la relación personal que tenía con san Juan de la Cruz. Después de tantos años de aquellas fechas (1947-1948) nos regaló su Santidad Juan Pablo II un Documento precioso, la Carta Apostólica que dirigió al Padre General de la Orden Felipe Sainz de Baranda con ocasión del IV Centenario de la muerte de san Juan de la Cruz, fechada en Roma el día 14 de diciembre de 1990, fiesta de san Juan de la Cruz; esta carta-documento se titula *Maestro de la fe*⁴⁶. La Carta tiene una introducción, a la que siguen cuatro apartados: I. Maestro en la fe. II. Testigo del Dios vivo. III. Los caminos de la vida de fe. IV. Un mensaje de proyecto universal, y se cierra con Conclusión.

En la introducción se llama a Juan de la Cruz «maestro en la fe y testigo del Dios vivo». Y proclama: «Es un gozo para toda la Iglesia comprobar los frutos abundantes de santidad y

⁴⁵ *Analecta Ordinis* 38 (1993) 12-13; JUAN BOSCO DE JESÚS, «San Juan de la Cruz, patrono de los poetas de lengua española», *Revista de Espiritualidad* 53 (1994) 349-371.

⁴⁶ Me sirvo aquí de la edición hecha en la Editorial de Espiritualidad, Madrid 1991. El texto original de esta carta apostólica no fue dado, como ocurre en otras ocasiones, en lengua latina, sino directamente en español (Manuel Diego Sánchez). En adelante citamos como: MF.

sabiduría que en él hallan acogida y respuesta a las aspiraciones más profundas del hombre y del creyente. Abrigo, pues, la esperanza de que esta celebración jubilar sirva para dar más realce y difusión a su mensaje central: *la vida teologal en fe, esperanza y amor*» (MF 1).

Poco más abajo confiesa: «Yo mismo me he sentido atraído especialmente por la experiencia y enseñanzas del santo de Fontiveros. Desde los primeros años de mi formación sacerdotal encontré en él un guía seguro en los senderos de la fe. Este aspecto de su doctrina me pareció de importancia vital para todo cristiano, particularmente en una época como la nuestra, exploradora de nuevos caminos, pero también expuesta a riesgos y tentaciones en el ámbito de la fe» (MF 2). Y sigue contando: «Mientras continuaba aún vivo el clima espiritual suscitado por la celebración del IV Centenario del nacimiento del santo carmelita (1542-1942) y Europa renacía de sus cenizas, tras haber experimentado la noche oscura de la guerra, elaboré en Roma mi tesis doctoral en Teología acerca de *La fe según san Juan de la Cruz*» (MF 2).

Y amplía su confesión diciendo cómo en la tesis:

«analizaba y destacaba la afirmación central del doctor místico: *la fe es el medio único, próximo y proporcionado para la comunión con Dios*. Ya entonces intuía que la síntesis de san Juan de la Cruz contiene no solamente una sólida doctrina teológica sino, sobre todo, una exposición de la vida cristiana en sus aspectos básicos como la comunión con Dios, la dimensión contemplativa de la oración, la fuerza teologal de la misión apostólica, la tensión de la esperanza cristiana. Al celebrar ahora el IV Centenario de su muerte, es conveniente una vez más, ponerse a la escucha de este maestro» (MF 2-3).

El Concilio Vaticano favoreció la renovación de la Iglesia en lo que se refiere a la pureza y de doctrina y santidad de vida. Esto se logra principalmente con *el testimonio de una fe viva y adulta*, educada para poder percibir con lucidez las dificultades y poderlas vencer.

Enumeradas la «presencia de Dios y de Cristo, purificación renovadora bajo la guía del Espíritu, experiencia de una fe iluminada y adulta» se pregunta: «¿No es este en realidad el contenido central de la doctrina de san Juan de la Cruz y su mensaje para la iglesia y los hombres de hoy?» (MF 3). Recuerda que son muchos «los aspectos por los que Juan de la Cruz es conocido en la Iglesia y en el mundo de la cultura: como literato y poeta de la lengua castellana, como artista y humanista, como hombre de profundas experiencias místicas, teólogo y exégeta espiritual, maestro de espíritus y director de conciencias» (MF 4). Después de esta serie de alabanzas, refiriéndose más al tema de la Carta prosigue:

«Como maestro en el camino de la fe, su figura y escritos iluminan a cuantos buscan la experiencia de Dios por medio de la contemplación y del abnegado servicio a los hermanos. [...] El santo nos ha dejado una gran síntesis de espiritualidad y de experiencia mística cristiana. Sin embargo, entre tanta riqueza de temas y de contenidos, quiero fijar la atención en su mensaje central: la fe viva, guía del cristiano, única luz en las noches oscuras de la prueba, llama ardiente alimentada por el Espíritu. La fe, como bien demuestra el santo con su vida, inspira la adoración y la alabanza, confiere a toda la existencia realismo humano y sabor de trascendencia» (MF 4).

6.1. Maestro en la fe

En sintonía con el estilo sapiencial de fray Juan va a comentar algunos aspectos de la doctrina sanjuanista acerca de la fe. No puede disimular Juan Pablo II su predilección por el tema de la fe en la vida y en los escritos de su santo preferido, llamándole una y otra vez maestro en la fe. Y lo hace de modo parecido a como lo hizo en la tesis presentando el marco histórico y biográfico del santo (Cf. MF 5-6).

¿Cómo responde Juan de la Cruz a las graves urgencias espirituales de su tiempo? Responde Juan Pablo II, sin titubear:

«abrazando una vocación contemplativa. Co este gesto no se desentiende de sus responsabilidades humanas y cristianas; por el contrario, al dar ese paso, se dispone a vivir con plena conciencia el núcleo central de la fe: buscar el rostro de Dios, escuchar y cumplir su palabra, entregarse al servicio del prójimo» (MF 6).

Volviendo sobre el tipo de vocación contemplativa de fray Juan, explica:

«Él (Juan de la Cruz) nos demuestra cómo la vida contemplativa es una forma en la que se realiza plenamente el cristiano. El contemplativo no se limita únicamente a largos ratos de oración. Los compañeros y biógrafos del santo carmelita nos ofrecen de él una imagen dinámica: en su juventud aprendió a ser enfermero y albañil, a trabajar en la huerta y aderezar la iglesia. Ya adulto, desempeñó responsabilidades de gobierno y de formador, atento siempre a las necesidades espirituales y materiales de sus hermanos. A pie recorrió largos caminos para asistir espiritualmente a sus hermanas, las Carmelitas Descalzas, persuadido del valor espiritual de su vida contemplativa [...] El mejor servicio a las necesidades de la Iglesia lo prestó, pues, con su vida y escritos, desde su peculiar vocación de carmelita contemplativo. [...] Con santa Teresa de Jesús realizó y compartió la plenitud del carisma carmelitano. Juntos siguen siendo en la Iglesia testigos eminentes del Dios vivo» (MF 6).

Fray Juan «fue un auténtico formador de creyentes, y comenta el Papa esta su afirmación, haciendo ver como el santo supo iniciar a las personas en el trato familiar con Dios, enseñándoles a descubrir su presencia y amor en las circunstancias favorables o desfavorables, en los momentos de fervor y en los períodos de aparente abandono. Se acercaron a él espíritus egregios como Teresa de Jesús, a quien hace de guía en las últimas etapas de su experiencia mística, y también personas de gran espiritualidad, representantes de la fe y de la piedad popular [...] Dios le dotó de cualidades apropiadas para esta misión de guía espiritual y forjador de creyentes» (MF 7).

Presentada esta estampa de forjador de creyentes, pone el Papa otro aspecto de la persona de fray Juan, afirmando que:

«Juan de la Cruz tuvo que realizar en su tiempo una auténtica pedagogía de la fe para librarla de algunos peligros que la acechaban. Por una parte, el peligro de una excesiva credulidad de quienes, sin ningún discernimiento, se fiaban más de visiones privadas o de movimientos subjetivos que del Evangelio y de la Iglesia; por otra, la increencia como actitud radical y la dureza de corazón que incapacitan para abrirse al misterio. El doctor místico, superando esos escollos, ayuda con su ejemplo y doctrina a robustecer la fe cristiana con las cualidades fundamentales de la fe adulta, como pide el Concilio Vaticano II: una fe personal, libre y convencida, abrazada con todo el ser, una fe eclesial, confesada y celebrada en la comunión de la Iglesia; una fe orante y adorante, madurada en la experiencia de comunión con Dios; una fe solidaria y comprometida, manifestada en coherencia moral de vida y en dimensión de servicio. Esta es la fe que necesitamos y de la que el santo de Fontiveros nos ofrece su testimonio personal y sus enseñanzas siempre actuales» (MF 7).

6.2. Testigo del Dios vivo

Como se ve, Juan Pablo II al querer hablar de Juan de la Cruz como maestro en la fe, lo va haciendo de un modo claramente biográfico desde la vida del santo de Fontiveros, interpretándola como vida y acción de la fe más auténtica. Y dando un paso más habla de Juan de la Cruz como testigo del Dios vivo, señalando la hondura y realismo de la fe personal del santo. Fray Juan «es un enamorado de Dios [...]; y antes de proclamar y cantar el misterio de Dios, es su testigo por eso habla de él con pasión y con dotes de persuasión no comunes» (MF 8), como testimonian quienes le conocieron de cerca. Como testigo el santo «posee el don de la palabra eficaz y penetrante; no solo por la capacidad de expresar y comunicar su experiencia en símbolos y poesías, transidos de belleza y lirismo, sino por la exquisitez sapiencial de "sus dichos de luz y amor", por su

propensión a hablar “palabras al corazón, bañadas en dulzor y amor”, “de luz para el camino y de amor en el caminar”».

Para Juan de la Cruz, Cristo era la plenitud de la revelación y la fe del doctor místico estribaban en la referencia a los misterios centrales del cristianismo: el misterio de la Santísima Trinidad y el de la Encarnación del Hijo de Dios. Teólogo y místico, hizo de estos misterios «el eje de la vida espiritual y el cántico de su poesía. Descubre a Dios en las obras de la creación y en los hechos de la historia, porque lo busca y acoge con fe desde lo más íntimo de su ser.

Y se pregunta Juan Pablo II: «¿Cómo consigue el místico español extraer de la fe cristiana toda esta riqueza de contenidos y de vida?» Y se responde: «Sencillamente dejando que la fe evangélica despliegue todas sus capacidades de conversión, amor, confianza, entrega. El secreto de su riqueza y eficacia estriba en que la fe es fuente de la vida teologal: fe, caridad, esperanza. Estas tres virtudes teologales andan en uno [...] En todas las fases del camino espiritual son siempre las virtudes teologales el eje de la comunicación de Dios con el hombre y de la respuesta del hombre a Dios» (EF 10).

Y afirma el Papa: «una de las aportaciones más valiosas de San Juan de la Cruz a la espiritualidad cristiana es la doctrina acerca del desarrollo de la vida teologal. En su magisterio escrito y oral centra su atención en la trilogía de la fe, la esperanza y el amor, que constituyen las actitudes originales de la existencia cristiana. En todas las fases del camino espiritual son siempre las virtudes teologales el eje de la comunicación de Dios con el hombre y de la respuesta del hombre a Dios. La fe, unida a la caridad y a la esperanza, produce ese conocimiento íntimo y sabroso que llamamos experiencia o sentido de Dios. Es algo que va más allá de la reflexión teológica o filosófica. Y la reciben de Dios, mediante el Espíritu, muchas almas sencillas y entregadas. [...] Cristo se les revela como el Amado, aún más, como el que ama con anterioridad» (EF 10).

6.3. Los caminos de la vida de fe

La primera realidad a examinar es la fe y existencia cristiana, siendo la fe principio y plenitud de vida... «Por eso el cristiano se llama fiel, fiel de Cristo *Christifidelis*. El Dios de la revelación penetra toda su existencia». Juan Pablo II quiere destacar dos de los aspectos que Juan de la Cruz pone de relieve en la educación de la fe: y «que tienen hoy una particular importancia en la vida de los cristianos: *la relación entre razón natural y fe, y la vivencia de la fe a través de la oración interior*» (EF 11).

No hay que sorprenderse de que Juan de la Cruz ensalce tanto la razón humana y su valor en la vida y ante Dios. Pocas veces se ha dicho algo tan sublime como esta sentencia suya: «Un solo pensamiento del hombre vale más que todo el mundo; por tanto, sólo Dios es digno de él» (*Dichos* 34).

El punto del magisterio sanjuanista de la vivencia de la fe a través de la oración interior lo relaciona el Papa con la preocupación constante de la Iglesia en la educación cultural y teológica de los fieles en la fe «para que lleguen a profundizar en su vida interior y sean capaces de dar razón de sus creencias». Esa promoción de los creyentes *ha de pasar por un desarrollo de la dimensión contemplativa de la fe cristiana*, fruto del encuentro con el misterio de Dios. Es ahí precisamente adonde apuntan las grandes preocupaciones pastorales del místico español [...] que ha educado generaciones de fieles en la oración contemplativa, como «noticia o advertencia amorosa» «de Dios y de los misterios que él nos ha revelado». Tratando de llevar a esa «advertencia amorosa», Juan de la Cruz «invita a vivir con mirada de fe y amor contemplativo la celebración litúrgica, la adoración de la Eucaristía —eterna fuente escondida en el pan vivo—, la contemplación de la Trinidad y de los misterios de Cristo, la escucha amorosa de la Palabra divina, la comunión orante mediante las imágenes sagradas, el estupor ante la belleza de la creación con «bosques y espesuras plantadas por la mano del Amado» (CB 4).

La noche oscura de la fe y el silencio de Dios. Ya en el Discurso del Papa en Segovia aludía al tema que va a tratar aquí con más extensión: *la noche oscura como experiencia típicamente humana y cristiana.*

Una mirada a la historia deja bien situada la cuestión: «Nuestra época, dice el Papa, ha vivido momentos dramáticos en los que el silencio o ausencia de Dios, la experiencia de calamidades y sufrimientos, como las guerras o el mismo holocausto de tantos seres inocentes, han hecho comprender mejor esta expresión, dándole además un carácter de experiencia colectiva, aplicada a la realidad misma de la vida y no sólo a una fase del camino espiritual. La doctrina del santo es invocada hoy ante ese misterio insondable del dolor humano» (EF 14). Con esto nos estamos refiriendo al mundo específico del sufrimiento físico, moral, espiritual, el hambre, la guerra, la carencia de sentido de la vida, «la aparente ausencia de Dios, son para el creyente una experiencia purificadora que podría llamarse *noche de la fe*». Juan de la Cruz, como «doctor de la noche oscura» halla en todas estas experiencias en las que se siente el silencio o ausencia de Dios una de sus amorosas pedagogías: «Él calla y se oculta a veces porque ya ha hablado y se ha manifestado con suficiente claridad. Incluso en la experiencia de su ausencia puede comunicar fe, amor y esperanza a quien se abre a él con humildad y mansedumbre. [...] La pedagogía de Dios actúa en este caso como expresión de su amor y de su misericordia. Devuelve al hombre el sentido de la gratitud, haciéndose para él don libremente aceptado. [...] Le educa también a discernir sobre la presencia o ausencia divina: el hombre ya no tiene que guiarse por sentimientos de gusto o disgusto, sino por fe y amor. Dios es igualmente Padre amoroso, en las horas del gozo y en los momentos del dolor» (EF 15).

La contemplación de Cristo Crucificado. «Sólo Jesucristo, Palabra definitiva del Padre, puede revelar al hombre el misterio del dolor e iluminar con los destellos de su cruz gloriosa las más tenebrosas noches del cristiano. Juan de la Cruz, conse-

cuente con sus afirmaciones acerca de Cristo, nos dice que Dios, tras la revelación de su Hijo, «ha quedado como mudo y no tiene más que hablar» (2S 22, 4): «*el silencio de Dios tiene su más elocuente palabra reveladora de amor en Cristo crucificado*». El mensaje especial de Juan de la Cruz sobre el misterio de la cruz de Cristo, su abandono en la cruz, etc., lo recrea el Papa recurriendo a los textos sanjuanistas más fuertes de 2S, c. 22, y 2S c.7 y algunos consejos de sus cartas, tomados como referencia habitual y norma de vida cristiana.

6.4. *Un mensaje de proyección universal*

Guía para los que buscan a Dios. La proyección universal de su mensaje se vislumbra y se puede constatar viendo cómo se acercan a sus escritos: místicos y poetas, filósofos y psicólogos, representantes de otros credos religiosos, hombres de cultura y gente sencilla. Juan de la Cruz «a todos habla de la verdad de Dios y de la vocación trascendente del hombre. Por eso muchos, que leen sus escritos sólo por la hondura de su experiencia o la belleza de su poesía, asimilan consciente o inadvertidamente sus enseñanzas» (EF 17). Los místicos, como Juan de la Cruz, «son los grandes testigos de la verdad de Dios y los maestros a través de los cuales el Evangelio de Cristo y la Iglesia católica encuentran, a veces, acogida entre los seguidores de otras religiones» (EF 17).

Un mensaje actual para España, su patria. Caminando ya hacia el fin de la Carta apostólica vuelve la palabra del Papa a España diciendo a todos los compatriotas de Juan de la Cruz: «en él tienen los pueblos de España uno de los representantes más universalmente conocidos». La Iglesia en España tiene que afrontar tareas graves e indeclinables en el campo de la fe y de la vida pública. Se trata de hacer «que la fe católica, convencida y libre, se exprese personal y comunitariamente en profesión de abierta, en vida coherente, en testimonio de servicio», en una sociedad pluralista como la actual, hay que fomentar «una

adecuada armonía entre el mensaje cristiano y los valores de la cultura. Se trata de suscitar una fe abierta y viva que lleve la savia nueva del Evangelio a los diversos ámbitos de la vida pública. Síntesis que ha de ser llevada a cabo también por los laicos cristianos comprometidos en los varios sectores de la cultura». Y añade el Papa esta gran palabra: «Para esa profunda renovación interior, comunitaria y cultural, Juan de la Cruz ofrece el ejemplo de su vida y la riqueza de sus escritos».

A los hijos e hijas del Carmelo. Una palabra grave «a todos los que sois hijos y hermanos, discípulos y seguidores de santa Teresa de Jesús y de san Juan de la Cruz, os recuerdo que vuestra vocación es motivo de grave responsabilidad, más que de gloria» (EF 19). Vale mucho lo que hace la Orden con la edición de los libros del santo, con tantos estudios sobre su doctrina, con el apostolado sanjuanista, etc., pero hay que ir más allá: «Tenéis que responder con el testimonio fecundo de una rica experiencia de vida personal y comunitaria. Cada carmelita descalzo, cada comunidad, la Orden entera, están llamados a encarnar los rasgos que resplandecen en la vida y en los escritos del que es como «la imagen viva del carmelita descalzo»: la austeridad, la intimidad con Dios, la oración intensa, la fraternidad evangélica, la promoción de la oración y de la perfección cristiana mediante el magisterio y la dirección espiritual, como específico apostolado vuestro en la Iglesia» (EF 19).

Dirigiéndose a continuación a las carmelitas descalzas les recuerda el magisterio espiritual que desarrolló Juan de la Cruz entre las descalzas de su tiempo; a las que han seguido otras innumerables «que meditando amorosamente los escritos del santo doctor han alcanzado altas cimas en la vida interior». Y recuerda la galería de las más conocidas y famosas Teresa Margarita Redi, María de Jesús Crucificado «la arabita», Teresa de Lisieux, Isabel de la Trinidad, Teresa Benedicta de la Cruz (Edith Stein), Teresa de los Andes. Y a todas dice Su Santidad: «Seguid, pues, buscando con ahínco, mis queridas Carmelitas Descalzas,

esparcidas por el mundo entero, ese amor puro de la intimidad con Dios, que tan fecunda hace vuestra vida en la Iglesia».

Conclusión

Todo lo que ha dicho el Papa en Esta Carta Apostólica lo califica él mismo de «algunas reflexiones acerca de uno de los mensajes centrales de su magisterio (de Juan de la Cruz): *las dimensiones de la fe evangélica*. Un mensaje que él, desde las condiciones históricas de su tiempo, encarnó en su corazón y en su vida, y que continúa siendo fecundo en la Iglesia» (EF 21).

Finalmente, ¿qué pretende Su Santidad con estas reflexiones? Lo dice claramente: «Al presentarlo hoy de forma solemne ante la Iglesia y ante el mundo, quiero invitar a los hijos e hijas del Carmelo, a los cristianos de su patria, España, así como a cuantos buscan a Dios por los caminos de la belleza, de la teología, de la contemplación, a que escuchen su testimonio de fe y de vida evangélica, para que se sientan atraídos, como él, por la hermosura de Dios y por el amor de Cristo, el Amado» (EF 21).

Preciosa la confesión tan personal que hace: «Al concluir esta Carta me hago peregrino hasta su pueblo natal de Fontiveros, donde con el bautismo recibió las primicias de la fe, hasta el convento andaluz de Úbeda, donde pasó a la gloria, hasta su sepulcro en Segovia. Estos lugares, que evocan su vida terrenal, son también para todo el pueblo de Dios templos de veneración del santo, cátedra permanente desde donde sigue proclamando su mensaje de vida teológica» (EF 21).

¿Qué habría que decir acerca de la tesis y de la Carta Maestro en la fe?

Si nos fijásemos en la tesis doctoral y en esta Carta de Juan Pablo II, bastante larga sobre san Juan de la Cruz, veríamos enseguida la diferencia: la tesis es un trabajo mentalmente fuerte y bien preparado, que resulta de difícil lectura para el pueblo sencillo y para otras muchas personas. La Carta *Maestro*

tro en la fe quiere comunicar las enseñanzas del Doctor Místico de un modo más cercano más vivo y pastoral. La Carta es para más gente y más fácil de leer y nos acerca, tal como lo entiende Juan Pablo II, a Juan de la Cruz como a guía cualificado «de los que buscan una mayor intimidad con Dios en el seno de la Santa Iglesia. Su magisterio es denso en doctrina y vida. De él pueden aprender tanto el teólogo, llamado a intensificar su vida de fe y a unir siempre la investigación científica y la oración, [...] como los directores de conciencia, a los cuales ha dedicado páginas de gran clarividencia espiritual» (LI B 3, 30 ss).

JUAN PABLO II Y TERESITA DEL NIÑO JESÚS

Dámaso Zuazua, OCD. Vitoria

Introducción. Santa Teresa de Lisieux (1873-1897), un fenómeno religioso y cultural

Cándida y confiada, con su peculiar talante carismático, Santa Teresita del Niño Jesús de la Santa Faz se atrevió a predecir una sonrosada gloria póstuma. La nota añadida del *Cuaderno amarillo* de las *Últimas Conversaciones* reproduce una observación de la antigua *Novissima Verba*: «Añadió con un tono inspirado: “¡Ah, presiento bien: Todo el mundo me amará”»¹.

Por si fuera poco, en días anteriores se había manifestado así: «Presiento, sobre todo, que mi misión va a empezar: mi misión de hacer amar a Dios como yo le amo, de comunicar mi caminito a las almas. Si Dios escucha mis deseos, pasaré mi cielo en la tierra hasta el fin del mundo. Sí, quiero pasar mi cielo haciendo el bien en la tierra. Eso no es imposible»². Son unas expresiones atrevidas, toda una manifestación profética.

Pero el tiempo y la realidad han confirmado las predicciones. Nuestra Carmelita Normanda es la santa más popular del siglo xx. «He aquí la santa más grande de los tiempos modernos» (*Voici la plus grande Sainte des temps modernes*)³. Afirmación

¹ *Últimas Conversaciones*, 8.1.

² *Últimas conversaciones*, 17.7.

³ E. MURA, CM, «Pie X et Sœur Thérèse. Une Sainte jugée par un futur Saint», en *Les Annales de Sainte Thérèse de Lisieux*, 27 (Juillet 1951) 6.